

CUADERNO DEL BAG BOY

LORENZO GARCÍA VEGA



Edición: Pablo de Cuba Soria / Carlos A. Aguilera
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Ilustración de cubierta: Danilo Vinardell
© Herederos de Lorenzo García Vega, 2016
Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2016

www.editorialcasavacia.com

Richmond, Virginia

I. Volver al Cuaderno

Volver al Cuaderno. Rigor. Conveniente sería, siempre, tener en cuenta el rigor. Pero ¿qué sentido...? Habrá una exigencia interior de sinceridad, una exigencia, diríamos de traducir fielmente. Pudiera ser, quizá, que interiormente se quisiera utilizar el rigor. Expresar el lenguaje de una identidad (una identidad perdida o, al menos, lamentablemente cuestionada). ¿Quién sabe?

La mirada como esos televisores que hay en las tiendas; mirada, la que registra lo que hay dentro del local.

Lenguaje, identidad, mirada, televisor-registrador de un supermercado: puntos de este cuaderno. Se levanta; hoy, es mañana de domingo. Sentado. Sentado frente a la mesa del comedor, frente a puerta de cristales que da hacia el patio de la casa. ¿Qué se registra? Matas de rosas secas, pero hay otras matas, exuberantes por las lluvias que en estos días han caído. Esto frente a la mirada, esto como imitando la vegetación que pudiera estar impresa en adminículo estético.

Pero también hay una visión que... ¿una visión que pudiera perderse en la vejez? ¿Cuál es la narración que se pierde en la vejez?

Identidad. ¿Qué identidad parece que se pierde? Ya que es como si la identidad que pudiera perderse en la vejez, no fuera la misma que aquella que se temía perder en

la juventud. No se sabe cómo decirlo, pero es como si el cuestionamiento propuesto por la falta de identidad en la vejez, pudiera ser distinto al cuestionamiento propuesto por la falta de identidad en la juventud

El bag boy no sabe ni lo que está diciendo, pero aunque no lo sepa, el bag boy lo está diciendo.

“Ese reumatismo, esa artritis se deben a la senectud, lo sabemos, y sin embargo, no somos capaces de descubrir en ellos una nueva condición. Seguimos siendo lo que éramos, con reumatismo además”, decía Simone de Beauvoir. Esto lo traduce el bag boy de la manera siguiente: “Ese cuestionamiento de la identidad lo atribuimos a la senectud y, sin embargo, no somos capaces de descubrir en ella una nueva condición: con falta de identidad, seguimos siendo lo que éramos”.

El Publix es el supermercado donde, conduciendo un carrito, trabaja. Es un bag boy. En el Publix las muchachas cajeras, y también el público, le han hecho sentir que es un viejo. Es el viejo que lleva un carrito. Pero, además, en el Publix hay televisores que recogen el ir y venir de los parroquianos; televisores como una mirada. La identidad cuestionada..., lo relacionado con la senectud. Por lo que, de una manera que no se sabe cómo explicarla, se enreda todo como piezas de un caleidoscopio. Cristalitos se fijan, hasta ser viejo conduciendo un carrito. O cristalitos se fijan, idénticos a la mirada del televisor de un supermercado. O cristalitos como el dramático lenguaje de una identidad. O etc., etc.

Día nublado. Amenaza de tronadas. Ya está esperando su hora de llegada al Publix. Son las 11 de la mañana, y a la

1 de la tarde tendrá que estar en el supermercado. Ahora, al igual que ayer, está sentado en el comedor, frente a la puerta de cristales que da al patio. Pero ahora el paisaje del patio tiene la misma coloración que hay cuando va a llover: lo gris nublado. Y ¿por qué lo aterroriza ese color? Siempre se ha acobardado ante la proximidad de la lluvia. Se trata de un terror que se ha adherido a su pensamiento, se trata de un terror pegado a las imágenes que tengan que ver con la lluvia.

Mirar sus manos, tocar la madera de la mesa del comedor. Esperar su turno —de una a seis— en el supermercado. Los días van como encapsulados: esperar el tiempo del supermercado, cumplir con el turno del supermercado.

Lluvia pegada al pensamiento. Eso es lo peor. Miedo adherido al pensamiento, temor pegado a las imágenes. También como si la mirada estuviera llena de terrores.

¿Qué más? ¿Qué más? ¿Qué más hay? Más... que... hay... nada. Pensamiento que gira, se envuelve a su girar, pero el miedo está ahí.

Miedo al coco. Miedo al agua. Miedo a cierta calidad de la luz. Miedo —a veces— a todo. Miedo al miedo. Pensamiento que puede ser sólo miedo. Se viste frente al espejo nublado, espejo nublado por el día lluvioso. La camisa, el delantal: lo que le exigen que vista cuando conduce el carrito del Publix.

Un viejo dice ser el hermano de uno que fue Vicepresidente de la República de Cuba. Entonces el viejo, después de sentarse en una silla plástica que hay en el Publix, se queda dormido. El pasa con su carrito, frente al viejo, y comprueba que éste duerme tranquilamente. También la mirada del conductor de

carritos comprueba, al detenerse en la piel de la cara del viejo dormido, que esa piel está llena de manchones. Son las tres de la tarde. La música indirecta del supermercado, la música casi subliminal, es una pieza de jazz, pero casi no se la puede oír. Después, se llega a saber que el que fue Vicepresidente de la República no tiene ningún hermano vivo, así que el viejo que duerme la siesta en el Publix es un mitómano.

Decía Keats: “los poetas no tienen identidad”.

Decía Rilke que la música era la respiración de las estatuas, pero como en el Publix no hay estatuas, no hay, por tanto, respiración de las estatuas. Sin embargo, eso sí, en el Publix hay una música indirecta, una musiquita sublimada o tamizada, que bien pudiera sostener una respiración. Pero ¿de qué respiración se trata? Pues no, por supuesto, de la respiración de las estatuas, pero sí de lo que pudiera ser considerado como el similar de las estatuas: o sea, de las estatuas de consumo: o sea, de los objetos Pop.

Lo pasó, ese mediodía horriblemente caluroso y húmedo (había 94 grados), cruzando la zona del parqueo con su carrito. Así que era la sequedad, lo restregado por el horrible calor, provocando que su pensamiento reaccionara frente al espantoso estímulo. Podría parecer que se iba a desprender del olvido, pero que no iba a zafarse del olvido. Y, en realidad, ¿qué era? Pudiera ser como un fragmento de lenguaje que, ante el calor y la humedad, estuviera a punto de manifestarse. Pero...

O sea, podría semejarse a ese “nítido insecto rasca sequedades” de que hablaba Valéry. O como que sólo se entreviera. Fragmento de lenguaje. Fragmento de discurso / lo que ser podría como péndulo que rozara lo intacto de una

superficie. Pero, ¿la verdad será así? No se sabe, nada puede afirmarse sobre eso.

Caminaba con su carrito; el sol era el tatuaje; el sol era la sombra. Tatuado de su olvido, o mancha. De su olvido. Calor espantoso, repito, con olvido que quizás tenía que ver con la textualidad de un péndulo (fragmento de un texto de Sade, comentado por Barthes, deliraba). Pero ¡basta! Bastaba para él.

Bastaba. No era conveniente, para él, hacer literatura con lo que, por no poder zafarse del olvido, no lograría hacerse visible. Así que él, por lo tanto, sólo quedó siendo el que llevaba el carrito por el mediodía.

Pero hay que añadir que también sucedió lo insólito. Pues en aquel, como arenal, que bien podía fingir lo caluroso de la zona del parqueo, insólitamente irrumpió el escándalo de una música rock. El escándalo debe haber sido motivado por la bocina, por alguna bocina, situada en algún camión del parqueo.

Pero lo increíble no fue esto, sino el hecho de que, junto a lo insólito de esa música rock en el arenal de un paseo, vio él un enorme tráiler blanco y verde (los colores del Publix) con este pintado letrero

THE PUBLIX SPIRIT

¿Qué significaba eso? El pensó (¡delirante que el discurso puede ser!) hasta en la jirafa envuelta en llamas que..., pero esto hasta que, luego, se enteró que el trailer, “The Publix Spirit”, contenía las computadoras que habrían de sustituir a las envejecidas máquinas que hasta ahora utilizaban las cajeras.

(Es de notar que, frente a todo lo que se acaba de decir, había un enorme globo, multicolor, encima de una de las azoteas del Centro Comercial donde está el Publix.)

Después, momentos después de salir del trabajo, y cuando esperaba la guagua dentro de un horno de asfixiante calor, en la acera se encontró con la vieja Araceli Forné, una maestra pinareña (pinareña es la habitante de Pinar del Río, una provincia de una isla) que siempre se sienta en una silla plástica, vecina a la que ocupa el que dice ser hermano del Vicepresidente de la República de Cuba.

Araceli camina con la ayuda de su burrito rodante.

—¿Cómo se siente? —le preguntó él.

—¿Cómo me voy a sentir? —contestó Araceli—. Voy para la horrible cueva donde vivo. ¡Qué remedio! Tengo una hija que vive cerca del home para viejos donde estoy, pero mi hija, por estar tremendamente enferma del ánimo, no puede visitarme. ¿Se da usted cuenta, señor? Así que, como agonizo, lo único conque cuento para aliviar mi terrible soledad, es el Publix.

“Discurso del kitsch Pop”, se dijo él, después que la vieja, con su burrito, siguió su camino. Pero, ¿se podría llegar a saber cómo, ese discurso kitsch, pudiera empatarse con ese otro discurso de la arena del parqueo que el olvido no deja descubrir? En la Playa Albina hay demasiado calor para averiguar estas cuestiones.

De nuevo el globo multicolor, encima de una de las azoteas del Centro Comercial. Pero abajo, y a lo lejos, por los portales del mismo Centro, avanza, hacia el Publix la vieja maestra Araceli Forné, usando gafas con cristales negros, y enarbolando un chaleco con encajes sobre su vestido negro y rosado.

Permanece, aunque ya se han instalado las computadoras en el Publix, el elefante indostánico, o tráiler, que bien se llama “The Publix Spirit”.

Entonces, le pregunta a un bag boy puertorriqueño sobre eso. El bag boy, viejo jubilado de una de una Compañía de Seguros de Massachusetts, sobre el trailer responde lo siguiente:

—Esa es la caja del diablo.

Por lo que parece que, el trailer, bien pueda ser considerado como una manifestación del similar.

Quizás este Cuaderno podría llamarse *To go without*. Es que, ¡tan sencillo como eso!, él vive en la Playa Albina, y la Playa Albina es norteamericana.

“*To go without* es como ir a la deriva, como ir sin..., y como en este Cuaderno se persigue a un él, a un otro, aquí debe haber un discurso que se busca a sí mismo. Pues no se sabe cuál es el sujeto de este Cuaderno. No se sabe si es el lenguaje, o la conciencia, o el juego de la imagen. Pues no se sabe quien es él, el protagonista de este Cuaderno. Así que, quizá, aquí se está intentando un Cuaderno en que el protagonista se dibuja —y también, como en reverso se desdibuja— a medida que se escribe.

To go without. En este Cuaderno, con descripciones del Publix, debe haber como un telón de fondo donde puedan manifestarse las fases de la construcción del similar.

El similar es lo poco (lo poco que, por poco, es como pacotilla) alquímico que puede conseguirse en una Playa Albina. A esto se le facilita un carrito..., y a esto todo se le puede llamar *To go without*.

Día libre, sábado. Por la noche es conducido en auto, por el downtown. Ve pedacitos iluminados, pedacitos de verde, azul, rojo, violeta. Sucesión de...gran alegría...neón. Están en lo alto los pedacitos iluminados. Están en el Metro Rail.

Meando por la mañana le surge, como si fuera línea, frase de José Martí: “con la frente contrita de los americanos que no han podido enterrar en su patria”. Tanto como dura la meada, dura la frase. Es extraño. Pues la meada debe de tener su discurso inconsciente y entonces, como interceptando, aparece el fragmento que es la frase martiana. Pero pudiera ser que meada y frase con la “frente contrita”, estuviesen secretamente unidas. No se sabe. Habría que preguntárselo a Raymond Roussel.

No está en ese momento conduciendo el carrito sino que, por ejemplo, en ese momento va hacia el “Deli”, para devolver un producto que un cliente ha rechazado. Toma, por ejemplo, por la fila 8 y, de improviso, entonces lo asalta la conciencia de la música indirecta. Música como silencio. Por lo que sus gestos (los gestos de sus piernas, por ejemplo), toman orientación secreta y sensual: se convierten en portavoces de una poesía sinestésica.

Sueño mañanero: lo ve la amiga de la adolescencia. Lo ve y ya él está viejo. Viejo, vestido con uniforme de bag boy. También él está blanqueado (al menos, así se lo dice el sueño) por la vejez, cuando le dice a la amiga que él se acaba de divorciar.

La niña tendida en un salvavidas multicolor. El piecico de la niña se agita sobre el agua. Ella también tiene una trusa multicolor, como el salvavidas, y en un instante se pone a soplar pompas de jabón. Esto está acompañado por una musiquita. Es un anuncio televisado del Publix en un Canal de programas culturales.

ÍNDICE

- I. Volver al Cuaderno / 5
- II. Imaginar, en acuarela / 35
- III. Y siempre el basurero / 81